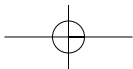
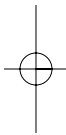
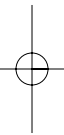


AE
&I

La dama y el recuerdo

Autores Españoles e Iberoamericanos



Francisco González Ledesma



La dama y el recuerdo

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Francisco González Ledesma, 2010
© Editorial Planeta, S. A., 2010
Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

Primera edición: abril de 2010

Depósito Legal: M. 11.669-2010

ISBN 978-84-08-09332-9

Composición: Foletra, S. A.

Impresión y encuadernación: Dédalo Offset, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

MEJOR QUE NO VENGÁIS A JACKSON

Aquella mañana ocurrieron en Jackson, Kansas, cuatro cosas juntas que no habían ocurrido nunca: se pararon a la vez cien relojes de cuerda, llegó un jefe indio que quería comprar la paz para su pueblo, un pistolero llenó un *saloon* no de clientes, sino de muertos, y un hombre perfectamente vestido quiso comprar un cementerio.

Nunca antes había estado en venta el cementerio de Jackson.

La gente de Kansas no amaba las cosas complicadas, sino que siempre quería empezar por lo más sencillo. Y tenía razón, porque las cosas sencillas son siempre las más importantes e incluso las más santas: la vida y la muerte, por ejemplo, junto con la madre que da la vida y el revólver que da la muerte. La tierra y el caballo, también por ejemplo, ya que el caballo es tu mejor amigo y en la tierra está la verdad. El cementerio donde se hallan las tumbas de tus amigos y sobre todo las tumbas de tus enemigos. Y también es una cosa sencilla la cama, sobre todo si en ella te espera una mujer.

Bueno, pues lo más sencillo fue lo del *saloon*, que era a la vez bar, hotel, casa de mujeres y, por lo tanto, centro cultural de la ciudad. A él llegó aquella mañana un hombre

joven llamado Taylor, al que no conocía nadie, pero que tenía algo especial: era alto, fuerte, tranquilo, llevaba el revólver muy bajo y tenía una mirada helada en los ojos.

El *sheriff*, que para esas cosas tenía vista de halcón, dijo al verlo pasar:

—No sé, pero este tipo nos dará problemas.

El juez, que para esas cosas tenía paciencia de enterrador, comentó:

—No sé, pero a este tipo lo acabaremos ahorcando.

Taylor era fácil de identificar porque usaba una vieja camisa militar, y en ella lucía una cinta con su nombre estampado: «Taylor.» Era una camisa del ejército del Norte y a la fuerza había de ser muy sólida, porque presentaba buen aspecto a pesar de haber pasado cuatro años desde el final de la guerra civil, o sea desde las últimas victorias del general Grant. El recién llegado montaba un caballo joven e inquieto, que daría más de un disgusto a un jinete novato. Lo amarró ante el *saloon*, miró el frontispicio y se dio cuenta de que tenía un nombre bien curioso: «Club de los Amantes.» Luego subió los cuatro peldaños hasta la puerta, vio una mesa vacía y se sentó ante ella. Todos los que estaban cerca se fijaron de una forma maquinal en su revólver: era un último modelo de Colt Navy y no tenía en la culata ninguna muesca, pero eso no le pareció ninguna garantía a nadie. Había algo en sus ojos que no les gustó ni a las chicas del local. El tipo ni las miró.

Fue entonces cuando pararon los cien relojes casi a la vez, pero eso no fue culpa de Taylor.

Fue entonces cuando un hombre murió de una bala entre los ojos, pero eso tampoco fue culpa de Taylor.

Los pistoleros eran cuatro. Dejaron sus caballos amarrados ante el edificio del Fulham Bank, que era el más

próspero de la comarca porque financiaba negocios ganaderos. Tres de los cuatro hombres fueron hacia la puerta y el otro se quedó en el amarradero, vigilando los animales. En aquel momento el *sheriff* de Jackson hacía dos cosas: una, vigilar a aquel tipo sospechoso que controlaba los caballos; dos, vigilar las curvas de la señorita River, que era la chica más guapa y más difícil de la ciudad.

Ganaron los caballos. El *sheriff* dejó de mirar las curvas, se acercó al amarradero y dijo al que aguardaba allí:

—No me gustan los caballos que parecen listos para salir de estampida después de un atraco. Dígame qué hace ahí, amigo.

—Vigilo para que no nos moleste nadie.

—¿Yo molesto?

El *sheriff* hizo esa pregunta sólo para ganar unos segundos. Acababa de reconocer al recién llegado, un fugitivo de Laramie.

—Quiero tu revólver —dijo sencillamente—. Escúpelo.

El otro se llevó la mano al cinto mientras intentaba parapetarse detrás de uno de los caballos. Pero le faltó rapidez. Hubiera sido mejor quedarse quieto y buscar una palabra.

El impacto de la bala casi le hizo levantarse del suelo. Durante unas milésimas de segundo creyó que el plomo le había llegado a la mandíbula y por eso se le alzaba el cuerpo, pero no fue así: el proyectil se le metió exactamente entre los ojos.

Ése fue el primer sonido de bienvenida a la ciudad que oyó el recién llegado Taylor.

Nadie llegó a moverse, quizá por la alucinante violencia de la situación. También puede decirse que nadie llegó a sorprenderse. El *sheriff* de Jackson tenía fama de tres cosas:

valiente, buen tirador y bestia negra. O le gustabas o era mejor que te largases de la ciudad. Después de matar al recién llegado, miró un instante el impacto entre los ojos como el que comprueba la calidad de su trabajo. Luego subió al porche, porque la cosa no había hecho más que empezar.

O terminar.

Cuando se dio cuenta de que los tres hombres habían vuelto atrás y le esperaban en la puerta del banco con las armas desenfundadas, ya era demasiado tarde.

Los tres dispararon rabiosamente a la vez, y siguieron disparando hasta vaciar sus tambores. El cuerpo del *sheriff* salió despedido hacia atrás, y para no caer se abrazó al lomo de uno de los caballos pero no soltó el revólver. Quiso seguir disparando hasta el final aunque se le fuese la vida a chorros. La sangre llegó hasta la boca del caballo, que dio un brinco hacia atrás. El agente de la ley giró sobre sí mismo, intentó mantenerse en pie y recibió la segunda andanada de plomo. Saltó como antes había saltado el atracador, giró sobre sí mismo y cayó al polvo de la calle con el cuerpo convertido en una serie de impactos rojos. Ya estaba prácticamente muerto cuando aún intentó levantar el revólver. Una última bala entre los ojos le borró todos los recuerdos.

Taylor lo vio todo desde la ventana del *saloon*.

«Este impacto aún ha sido mejor que el primero», pensó.

Pero no hizo ningún movimiento.

A partir de entonces las cosas sucedieron a una velocidad todavía más alucinante. Los tres salteadores supieron muy bien que a partir de aquel momento ya no corrían ningún peligro en la ciudad, al menos durante la próxima media hora. Muerto el *sheriff* nadie se atrevería a levantar la cara.

Volvieron la espalda de nuevo y penetraron otra vez en el banco. Al fin y al cabo, para eso habían venido. Vieron lo que esperaban ver, o al menos casi lo que esperaban ver.

El director salía de su despacho con un rifle. Demasiado viejo el director y demasiado viejo el rifle. El impacto de dos balas le hizo girar sobre sí mismo y caer al fondo de su despacho.

En el interior del banco, en la parte donde se atendía a los clientes, quedaron sólo dos hombres y una muchacha.

Uno de los hombres era el cajero, el otro su ayudante. La muchacha no era más que una pobre chica que archivaba los documentos, y fue la primera en alzar los brazos, mientras se dilataban con horror sus ojos de niña buena. No entendía nada. Sus dientes empezaron a castañetear, y el miedo hizo que los pezones se le pusieran tiesos.

«Mejor», pensó uno de los atracadores.

El cajero y su ayudante se habían puesto en pie. Al contrario que la chica, sabían muy bien lo que iba a pasar, de modo que dieron facilidades. Muertos el *sheriff* y el director, no tenían ningún motivo para convertirse en héroes.

—Aquí está el dinero —dijo el contable—. Íbamos a revisarlo ahora, antes de guardarlo en la caja fuerte.

Y abrió el cajón central de su mesa, de modo que los tres asaltantes lo vieran. Y los tres lo vieron, aunque se alzase una pequeña muralla ante ellos: el mostrador para atender a los clientes rematado por una sólida reja y una inscripción en bronce que decía: «LA LECTURA OS HARÁ SABIOS Y EL AHORRO OS HARÁ RICOS.»

Quizá el fundador del banco, además de millonario, había sido filósofo.

Sonó una brutal detonación. El ayudante del cajero cayó hacia atrás, con una bala en la garganta y una expresión de estupor en los ojos. No entendía nada. Chocó contra la pared del fondo y derribó un cuadro en el que se en-

marcaba un mapa de Estados Unidos después de la guerra civil. Encima del mapa estaba impresa la palabra «PAZ».

—El truco de abrir un cajón donde hay un revólver es demasiado viejo —dijo el que acababa de disparar.

Pero no había allí ningún revólver.

Sólo el dinero.

—Han llegado los últimos fondos del ferrocarril —dijo uno de los asaltantes—. Nuestro chivato decía la verdad.

Abrieron la puerta que daba acceso al local de operaciones y entraron los tres. Ahora no parecían tener ninguna prisa. Uno de ellos abrió un saco de seda que llevaba bajo la camisa y empezó a llenarlo de billetes. Todo el cajón, que era bastante hondo, estaba lleno. Nunca habían visto tanto dinero junto.

Dos minutos, tres. Nunca unos billetes habían abultado tanto.

El cajero seguía con las manos en alto. Hubiera podido decirse que ni siquiera respiraba. A la chica le seguía temblando la mandíbula. Sus dientes producían un tac-tac-tac-tac que parecía tener ritmo.

El saco de seda estaba lleno. Los tres asaltantes se miraron un instante. Ahora no les quedaba más que salir y llevarse los caballos sin sobresaltos, porque nadie les haría frente.

El cajero los seguía mirando.

Fue un error.

Es un error mirar las caras de unos hombres a los que no te conviene reconocer nunca.

Uno de los asaltantes dijo:

—Ya.

No hacía falta más. Las dos balas lamieron el aire. El cajero cayó hacia atrás mientras en su corazón se marcaban dos impactos rojos.

—La chica...

Tres pares de ojos buscaron a la chica, pero no la vieron. Las detonaciones habían ahogado su grito al desmayarse. Había caído al suelo, justo debajo del cajón.

—Vamos.

Pensaron que la chica había logrado huir por la puerta trasera, la que daba al despacho del director, y que ya no le darían alcance para matarla. Eso complicaba las cosas, porque quizá había logrado avisar a alguno de los voluntarios que de vez en cuando ayudaban al *sheriff*. La huida tal vez sería difícil.

No lo fue.

Los caballos seguían en su sitio, aunque el hombre que debía guardarlos yacía en el suelo, con los brazos abiertos y una mancha escarlata entre los ojos. Casi a su lado estaba el *sheriff*, cosido a balazos. Pero nadie más.

La calle aparecía desierta. No se veía a nadie en puertas y ventanas. La calle principal de Jackson parecía de pronto la calle principal de un cementerio.

Bueno, al menos ésa era la impresión que se tenía al salir. Pero era una impresión falsa.

Dos jinetes salieron al galope de la primera esquina. Iban armados con rifles y llevaban los polvorientos sombreros echados sobre los ojos. Se encontraron casi de frente con los dos muertos, los tres atracadores y el banco donde no parecía haber entrado jamás un cliente. Cualquier testigo hubiera pensado que iba a producirse un inminente tiroteo, pero no ocurrió nada de eso. Al contrario. Los dos jinetes recién aparecidos hicieron un gesto de saludo que al mismo tiempo estaba lleno de ansiedad.

—El saco.

El saco de seda, ya bien anudado, voló por los aires. Uno de los jinetes lo cazó al vuelo. Fue en aquel mismo momento cuando se oyó en la cercana estación el pitido del tren.

—Sale dentro de dos minutos —dijo el hombre que mantenía apretado el saco.

—Bien.

Llegarían a tiempo de tomar el convoy. Eso significaba que el dinero estaría aquella noche a muchas millas de distancia. Y los tres atracadores, al mantenerse aún allí, garantizaban que ningún grupo de ciudadanos montaría una patrulla para salir en persecución del tren.

Se miraron a los ojos.

Estaban tranquilos, serenos. Si ya no quedaba autoridad en Jackson, podrían permitirse un lujo con el que venían soñando desde hacía mucho tiempo.

Al menos una chica.

Una chica.

El *saloon* estaba cerca.

Allí había al menos cinco. La que eligieran tendría que venir con ellos a lomos de un caballo y sabría, aunque gritase, que a todos les esperaba una gran noche.

De modo que se entendieron muy bien con un solo movimiento de ojos. Descabalgaron y fueron a pie al *saloon*.

Allí había, en efecto, cinco chicas.

Y un tipo silencioso.

El tipo, al que nadie conocía, se llamaba Taylor.

Cuando una muchachita que apenas ha cumplido diecisiete años se desmaya, no está en el suelo demasiado tiempo. Su cuerpo se recupera en seguida. Y de ese modo, la empleada del banco, la que cobraba por archivar papeles, se dio cuenta muy pronto de que estaba viva. Era un milagro, pero lo estaba. Además, alguien la ayudó a recuperarse, sosteniéndola por la espalda.

Ella abrió los ojos, todavía llenos de miedo. Pero aquellos ojos, al volver al mundo, reflejaron inmediatamente alivio.

—Señor Larson... —musitó.

El hombre que la estaba ayudando vestía de negro, llevaba chalina del mismo color, camisa blanca y sombrero. Todo en él reflejaba autoridad, compasión y perdón. Por si faltara algo, en la mano que no estaba ayudando a la chica empuñaba una Biblia.

—¿Estás bien, Greta?

—Ha sido un milagro...

En los ojos de la muchacha, a pesar del alivio, flotaba todavía el horror. Aquellos ojos parecían estar llenos de sangre, parecían todavía hundidos en sí mismos por el peso de la masacre. Que hubiese venido a ayudarle el predicador le pareció, en efecto, un milagro.

—Por favor, sáqueme de aquí...

—Todavía no, Greta. Esos tres asesinos siguen en el pueblo, y el único sitio al que no volverán es precisamente éste. Nos quedaremos un momento aquí, hasta que todo pase.

Un silencio ominoso reinaba sobre Jackson. No se oía ni un paso, ni el sonido de una armónica ni el relincho de un caballo. Toda la ciudad parecía haber muerto. Un vientecillo fresco movía las cortinas exteriores del banco, en las que estaba impresa la segunda parte de su lema: «EL AHORRO OS HARÁ RICOS.»

—Greta, necesito que vivas —musitó Larson—. Algún día habrás de servir como testigo.

—¿Yo?...

—Claro. Has visto las caras de esos tipos y puedes hablar. Tus compañeros también los han visto, pero ya no hablarán nunca. Y yo también he reconocido a uno de ellos al verlo salir: conozco su nombre y hablaré con el juez.

Le acarició el cabello. Greta no sólo notó el roce de sus dedos, sino sobre todo el roce consolador de la piel en las tapas de la Biblia.

—No vamos a movernos de aquí —susurró Larson—. Estoy convencido de que un día se hará justicia.

El silencio seguía pesando sobre las calles de Jackson como las losas de un cementerio.

Y de repente la calle se llenó con las alegres notas de un piano.

Había un piano en el *saloon*. Era viejo, tronado y desafinaba, pero cumplía su misión.

Había un pianista en el *saloon*. Era viejo, tronado y también desafinaba, pero cumplía su misión.

Al oír las recias pisadas de los tres pistoleros en el porche, comprendió que iban a entrar y que eso significaría la muerte, por lo que intentó evitarla creando un clima de máxima normalidad. Los tres asesinos debían tener la sensación, al entrar allí, de que no quedaban enemigos y de que podrían divertirse sin amenazas, de modo que no había necesidad de usar el revólver. Allí estaba la única posibilidad de salvación.

Los acordes del baile lo llenaron todo. Lo que interpretaba el pianista era una polca. Las chicas, las cinco chicas que estaban quietas junto a la barra, sintieron que sus ojos temblaban a causa del miedo. A una le llegaron a temblar también las pestañas cargadas de rímel. Pero comprendieron que tenían que vivir, y ellas sólo conocían un medio de vida.

Movieron sus faldas.

Los tacones que golpean la madera del suelo, las piernas que se alzan un poco, buscando mostrar la profundidad de las medias, las manos que elevan un poco las faldas para que suenen el frufrú y la voz de la alegría que pasa.

Los pistoleros entraron. Llevaban las manos sobre las culatas. Dirigieron hacia el interior una mirada estrictamente profesional.

Todo estaba tranquilo, tan tranquilo y alegre que hasta la música sonaba mejor que nunca. El pianista intentó sonreír. En la barra descansó en seguida una botella de whisky.

Pero ellos sólo miraron a las cinco chicas. «Putas», pensaron. Y no pensaron nada más, no se dieron cuenta de que cada una de ellas tenía una historia, un sufrimiento, un amor perdido, un hijo en otro lugar o quién sabe si un hijo descansando en una tumba.

No pensaron que, arrastradas por la vida, Jackson se había convertido en su último refugio.

Ninguna de ellas era una belleza, pero servían. Mentalmente, todos eligieron una. Luego fijaron su atención en el resto del local. Allí había varios hombres, naturalmente, pero ninguno parecía representar un peligro.

El de la barra, por ejemplo. Aquél era un gordinflón horrorizado, aunque habría que vigilarlo porque tras todas las barras había un rifle. Dos bebedores tan borrachos que no se tenían en pie. Varios jugadores tan viejos y asustados que parecían dispuestos a comerse las cartas.

Y era natural. Todos los hombres jóvenes de Jackson estaban trabajando en la llanura. Muerto el *sheriff*, a aquella hora no quedaba ni un buen tirador que pudiera hacerles frente. El *saloon* era una gloria.

—Vamos.

Avanzaron hacia las cinco mujeres, que trataban de sonreír y seguían moviéndose, aunque algo les decía por dentro que bailaban ante su propia sepultura.

—Ésa.

Sin duda era la mejor. Era la más alta, la más joven, la más llenita. Sacarla de allí sólo les costaría unos minutos y unos cuantos arañazos.

Pero algo no cuadraba. No, diablos, no cuadraba.

El tío de la mirada quieta.

Lo vieron casi al final, sentado ante la mesa. Era un solitario. Tenía las manos sobre la mesa y el revólver muy bajo. Parecía no mirar a ninguna parte, pero eso no era verdad. Los miraba a ellos.

No supieron explicarlo, pero aquel tipo tenía unos ojos de esos que no gustan a nadie, unos ojos de cabrón que se dedica a cantar en los entierros.

Avanzaron hacia él.

Las chicas podían esperar.

Los tres asesinos tenían ya las manos a la altura de las caderas. Vieron que el desconocido doblaba un poco lo único que tenía entre las manos, que era el periódico local.

Uno de los que se acercaban preguntó:

—¿Qué leías?

—Las esquelas de los muertos.

—¿Has visto si aparecía la tuya?

—Aún no.

—¿Cómo te llamas?

—Taylor. ¿Y tú?

—Bronson.

Estaban los tres en abanico, a la distancia perfecta para el tiro, pero el tipo de la mesa no pareció ni enterarse. Alzó la cabeza un poco y los miró a los tres. Los tres sintieron al mismo tiempo una cosa tan incomprensible como extraña: a los tres les habían tomado varias veces a ojo las medidas para sus ropas, pero las medidas para sus ataúdes todavía nunca.

Y ahora se las estaban tomando.

Se dieron también cuenta de algo más: la música del piano había cesado, nadie parecía respirar, el silencio seguía siendo tan espeso como el que hubiera provocado la canción de un muerto.

Y de pronto el solitario habló:

—¿Para qué habéis venido aquí? —preguntó—. Supon-

go que estáis cansados de tanto trabajar en el banco. ¿Os apetece un trago?

—No hemos venido para eso, Taylor.

—Pues entonces, ¿para qué?...

—Llevamos mucho tiempo sin una mujer.

—Eso es malo. La mujer está hecha para dos cosas: para preparar la cama y para que el hombre joda.

—¿Dónde has aprendido eso?

—No sé. Leyendo la Biblia, supongo.

Las tres manos se acercaron más a los revólveres. El de la mesa ni siquiera movió su periódico. Oyó que el que estaba en el centro le preguntaba:

—¿Cuál de las cinco chicas te gusta más?

—La alta.

—¿Por qué?

—Supongo que porque la falda le queda más cortita.

—Has elegido muy bien, Taylor. Justo ésa es la que nos vamos a llevar.

—Me parece bien, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Es amiga mía.

El silencio se hizo más espeso, más agobiante. La chica alta empezó a sudar. El hombre de la barra soltó el rifle que, en efecto, tenía escondido: aún era demasiado pronto para morir.

El mismo pistolero continuó:

—Qué romántico... Entonces, ¿por cuál de las otras la cambiamos?

—No sé... Tenemos un problema.

—¿Por qué?

—Todas son amigas mías.

Fue entonces cuando los tres pistoleros se movieron a la vez, cuando tiraron rabiosamente de sus culatas.

Fue entonces cuando empezó todo.

Los tahúres usaban siempre un pequeño revólver que apenas se veía. Era tan pequeño que casi podía ocultarse tras un mazo de naipes. No servía para las grandes distancias, pero a unos pasos resultaba mortal.

Era un Derringer.

Era un arma de mala baba, que no mataba a la gente en las llanuras, pero lo hacía en las mesas.

Y el Derringer apareció en centésimas de segundo. Estaba bajo un borde del periódico y no lo había notado nadie. Taylor apenas necesitó moverlo.

Las balas, aunque sean pequeñas, le sientan mal al cráneo. El único pistolero que hasta entonces había hablado alzó una sola mano, soltó el revólver, giró sobre sí mismo y lanzó desde su boca un chorro que no era de sangre, sino de saliva. Cuando cayó de cara al suelo, no notó el terrible impacto. Estaba muerto.

Los otros dos reaccionaron instantáneamente. Sus Colt Navy brillaron en el aire.

Pero aquel maldito Taylor demostró que era verdad lo de que sabía cantar en los funerales. Mientras la izquierda usaba el Derringer, la derecha voló en busca del Colt. Disparó materialmente por debajo de la mesa.

Uno de los hombres recibió la bala directamente en el corazón. Sintió un horrible pinchazo, con lo que tuvo mala suerte, porque el de la bala en el cerebro no había sentido nada.

Y entonces llegó un nuevo proyectil. Éste no era de Derringer, sino un plomo pesado como una maza. Le dio al pistolero en la parte baja del vientre, justo en la zona que estaba destinada a la bailarina alta.

Mala suerte.

Las heridas en ese sitio no se curan nunca.

Las manos del pistolero fueron directas a los testículos, mientras lanzaba un grito de horror. Giró sobre sus tacones sin darse cuenta y quedó encarado a la barra. Vio los borrachos, vio la botella de whisky, vio al cabrón del tabernero, vio el rifle que éste había puesto en línea.

—Invita la casa —dijo el tabernero.

Y disparó. La cabeza del último pistolero se abrió materialmente en dos.

Y el cabrón de la barra dijo, mirando a la chica alta:

—Lo siento. Lo que te has perdido.

Taylor sopló en el cañón del revólver y le corrigió:

—Lo que se ha perdido él.

Volvió a imperar otra vez un silencio angustioso, el silencio de los muertos. Las chicas apenas respiraban. El pianista estaba tan quieto que había quedado con las manos en alto.

Entonces fue aquella chica la que avanzó. La más alta, la que llevaba la faldita más corta. Taylor se dio cuenta de que había temblor en su boca, de que había una carrera en su media, de que había llanto en sus ojos.

—Gracias, señor —susurró. Y fue a besar una mano de Taylor.

Taylor la retiró mientras le decía:

—Nunca beses la mano de un verdugo.

—Es que me ha hecho un favor inmenso...Tengo un hijo de tres años.

—Entonces procura que no se parezca a mí.

Y se puso en pie.

Sabía que aún le quedaba mucho por hacer, que aún le quedaba mucho por hacer a su revólver. Y fue exactamente hacia la puerta, porque sabía a quién tenía que buscar.

Pero esta historia no ha hecho más que empezar, esta historia está incompleta y maldecida por los dioses y por el

señor Samuel Colt. Nada se ha dicho aún del indio que venía a buscar la paz, ni de los relojes que pararon todos al mismo tiempo, ni del hombre que quería comprar un cementerio.